

## CAPÍTULO XXVIII

### LA TOILETTE

En este siglo de las comodidades y de los desastres crecen en rigurosa proporción las necesidades de la vida y las ocasiones de perderla. Salvas las enfermedades que desde el principio del mundo vienen diezmando al género humana, y que aumentan en progresión bastante lamentable á pesar de los famosos adelantos de las ciencias médicas, de las leyes de sanidad, de las disposiciones higiénicas para la conservación de la salud pública; á pesar, en fin, de las píldoras de *Holloway*, del depurativo *Ricord* y hasta de la misma *Revalenta arábica*, el hombre moderno que tenga tiempo para meditar seriamente acerca de este asunto, podrá muy bien decirse que vive de milagro.

Si bien se considera, la naturaleza está ya en el caso de cruzarse de brazos, por lo que hace á su antiquísima tarea de quitar gente de en medio. No tiene necesidad de poner en circulación los agentes misteriosos del cólera morbo, ni derramar por las costas el veneno de la fiebre amarilla, ni dar al brazo de las pulmonías el impulso de las puñaladas mortales; puede archivar el secreto del tifus, y declarar terminada la misión ejecutiva de las apoplejías fulminantes, sin que se altere el equilibrio que debe existir entre los vivos y los muertos; porque nosotros mismos nos hemos encargado de mantener el terrible balance entre la vida y la muerte.

Las guerras continuas, el motín permanente, la precisión desastrosa de las armas, las sociedades secretas, los consejos de guerra, las deportaciones, los fusilamientos para unos y la impunidad para otros, las confiscaciones que arruinan, los trenes que chocan, el refinamiento de los placeres, el incentivo de todos los vicios... ¿Quién está seguro de no encontrarse al salir de su casa con una bala perdida? ¿Quién puede asegurar que esa misma bala no vaya á buscarlo dentro de su misma casa? ¿Acaso no hay detrás de cada esquina una puñalada para el transeunte? ¿La ley?, no existe. Las autoridades, digámoslo así, prenden, confiscan, deportan y fusilan. ¿Por qué? ¡Ah!, porque sí. No eres joven, ni sano, ni robusto..., pero eso no importa; aquí hay un fusil. ¡Un fusil!, ¿para qué? Para que vayas á morir gloriosamente por la patria de cualquier ambicioso. ¿Estamos libres de esas contingencias? Pues bien; tenemos necesidad de viajar, y viajamos. ¿Cómo?, claro está con el Credo en la boca, porque un descarrilamiento, un choque ó un incendio en los caminos de hierro son las tres cosas más naturales del mundo. Pero no, no viajamos; vivimos en Madrid; estamos á cubierto de toda sospecha que pueda acarrear-nos ni el más usual de los atropellos; en medio del desastre universal vivimos como el pez en el agua; mientras el mundo se hunde, nos reímos del mundo; los placeres nos alientan y los vicios nos sonríen; lo demás ¿qué importa? Sí, pero los placeres traen en pos de sí la vejez prematura, la muerte anticipada, y los vicios engendran las más terribles enfermedades.

No hay medio de evadirse; los que vivimos, vivimos con la vida en un hilo, porque nuestros medios de destrucción son más numerosos y más eficaces que los de la naturaleza.

Pero en cambio, mientras se vive, ¿quién piensa en morir? La civilización vertiginosa que nos asesina ha te-

nido el buen acuerdo de rodear los agitados instantes de nuestra vida con cuantas comodidades puede imaginar el gusto más exquisito. Nos lleva el demonio, eso sí, pero nos lleva en coche, sobre blandos cojines, en muelles butacas, bajo abrigados cortinajes, delante de una mesa á la vez refinada y espléndida. Sólo Dios sabe adónde vamos á parar; mas entre tanto, caminamos, si no por una senda de flores, á lo menos por una senda de alfombras. Si algún afán nos agita, no es en rigor más que el afán de vivir, esto es, el afán de las comodidades con que el lujo nos incita á gozar de la vida, y sin las que ya no es posible vivir.

¡La muerte!., ella vendrá. Puede venir de un momento á otro, cierto; ¿pero á qué pensar en una cosa inevitable? Si no sabemos cuándo ha de venir á buscarnos, ¿á qué salir á esperarla? Volvámosle la espalda, y vivamos.

Nuestro amigo César pensaba de ese modo. Su vida estaba llena de necesidades; mas entendámonos, de necesidades satisfechas. Aunque el sueldo de cuartel que le proporcionaba su graduación militar no era ni con mucho bastante á cubrir todas las *necesidades de su posición*, vivía, sin embargo, como un pequeño príncipe. No habitaba un palacio, pero su casa no carecía de ninguno de los requisitos de la opulencia. No tenía coche, pero poseía un hermoso caballo. Su cocinero no era una celebridad, en atención á que el brigadier comía rara vez en su casa. Su pequeña galería de cuadros, su pequeña biblioteca, su pequeña estufa no significaban grande afición á las artes, ni á las ciencias, ni á las letras, ni siquiera á las plantas; era para él cuestión de lujo y de moda. También en pequeño tenía su colección de armas. Dos escopetas de caza, un cuchillo de monte, dos espadas de combate, dos floretes, caretas y manoplas, un alfanje, pistolas de tiro y una guma, no cogida en la guerra de África, sino comprada en el Rastro, formaban todo el arsenal de sus armas ofensivas y defensivas.

En lo que principalmente descubría las pretensiones de sus humos aristocráticos era en lo que podemos llamar su servidumbre. Tres criados eran bastantes para el servicio de la casa y de la persona del brigadier. Entre el cocinero y el ayuda de cámara corría la limpieza y aseo de las habi-



Acababa de salir del baño

taciones; el tercero alternaba siendo á la vez introductor de embajadores y mozo de cuadra. Siempre se le encontraba en el recibimiento, excepto en las ocasiones en que el caballo reclamaba su asistencia. Estos tres criados tenían tres trajes indispensables: el cocinero su mandil y su gorro limpios como la nieve, el mozo de cuadra su librea flamante, y el ayuda de cámara su frac negro y su corbata blanca.

El brigadier vivía, pues, rodeado de todas las comodidades imaginables.

La mañana en que vamos á buscarlo en su propia casa para seguir el curso de la presente historia, acababa de salir del baño, y envuelto en su gran bata de brillantes co-

ores, examinaba delante de un espejo la pálida suavidad con que el baño había, digámoslo así, bruñado la tersura de su tez. Parecía satisfecho y complacido del efecto que á sí mismo se causaba, y escudriñaba todos los pormenores de su fisonomía con mirada severa, como si no estuviera dispuesto á perdonarles ni el más ligero defecto.

Realmente nada había que pedirle á la regularidad de las líneas ni á la pureza del color. Si faltaba algo era expresión, vida en la sonrisa, alma en los ojos, majestad en la frente; mas en rigor, las facciones no eran responsables de semejante falta, y el brigadier por su parte no daba muestras de echarlas de menos.

La sombra negra de su atildado bigote realzaba vivamente la blancura del rostro y el vivo encarnado de los labios; el contorno de la barba era inmejorable, las mejillas redondas y suaves como las de una niña, las cejas bien puestas, los ojos obscuramente pardos podían pasar por unos buenos ojos. ¿Qué más necesitaba para su completa satisfacción? ¿Alma? ¡Bah! César no había pensado jamás en esa circunstancia suprema de la belleza humana. En política era conservador, esto es, cualquier cosa, lo que por el momento le conviniera ser, mas en materia de arte era realista. Podía estar contento de su bella imagen, y lo estaba en efecto.

Un pormenor, sin embargo, le hacía fruncir el entrecejo. Observaba que el pelo empezaba á retirarse de la frente, dejando cierto vacío en su cabeza; pero de cualquier modo, no eran más que las primeras insinuaciones de una calva que aparecería más tarde. Y aunque la calva, diga lo que quiera la gente de poco pelo, es siempre fea, en César podría llegar á ser hasta una hermosa calva.

Hecho este examen minucioso, celebró sus perfecciones con un gesto, que si por el momento descompuso el armonioso conjunto de su semblante, en cambio quería de-

cir: «Soy irresistible.» A renglón seguido se hizo servir el almuerzo con asistencia de los tres criados que formaban su servidumbre. El cocinero preparaba los platos en la cocina, el mozo de cuadra los conducía al comedor y el ayuda de cámara los presentaba en la mesa. Tres platos delicados, postres exquisitos y una botella de Burdeos constituían el almuerzo ordinario del brigadier. La vajilla era de porcelana de Sevres, y las copas de cristal de Bohemia. La llama de la chimenea templaba el ambiente del comedor, y un termómetro colgado en la pared marcaba los grados de la temperatura, con el fin de que el fuego no llevara su influencia más allá de un calor agradable.

Almorzó en silencio, porque no entraba en sus hábitos aristocráticos más comunicación con sus criados que la absolutamente indispensable para el servicio de su persona. Ellos por su parte no rompían jamás este silencio riguroso.

Luego que hubo terminado el almuerzo, se puso de pie, y el mozo de cuadra se apresuró á apartar la silla, mientras el ayuda de cámara acudió á la puerta y levantó el pesado *portier* que la cubría, y César pasó como un héroe por debajo de un arco de triunfo.

Una vez en su cuarto, ya se mostró más comunicativo. Miró al reloj, y dijo:

— ¡Hola, caballero, me parece que esta mañana anda usted muy despacio!

El reloj no se dignó contestarle, pero César no se ofendió por ello.

— ¡Las doce! — siguió diciendo. — Bien; tengo tiempo. No me conviene apresurarme. Que espere..., que espere.

Dando vueltas entre sus dedos á los cordones de la bata, añadió:

— Valle-alegre no entiende esta clase de negocios. Se empeña en el rapto, y su recurso ofrece muchas dificultades. En primer lugar, tendría que andar á estocadas con

uno ó con otro. Con Góngora ¡bah!, podría arriesgarme; pero con Montero sería una broma muy pesada. Es un espadachín que tiene la cabeza muy ligera y la mano muy dura. Un rapto es una campanada ridícula; mi sistema es más razonable, más cómodo y más seguro.

En esto sonó el timbre de la puerta que daba á la escalera principal de la casa, lo cual indicaba claramente que alguno quería entrar. Pocos momentos después se presentó el ayuda de cámara, y se plantó á distancia respetuosa delante del brigadier. Este le hizo un signo negativo con la cabeza, y el criado se retiró, llevándose la orden terminante de que el señor no estaba en casa para nadie.

En otra ocasión César no habría dado tan rigurosa consigna; pues aunque, en pequeño, él también tenía sus amigos que le hacían la tertulia después del almuerzo, esta vez le parecían importunas todas las visitas, quería estar solo, porque le era en aquel momento, más que nunca, agradable su propia compañía. Ya se ve, era dichoso, y no quería partir con nadie su dicha.

Volvió á mirar su reloj, y se dijo:

— Paciencia..., paciencia. Un hombre vulgar se apresuraría á recoger los primeros laureles de su triunfo; pero un hombre de mundo se haría esperar. A comer se debe ir tres minutos antes de la hora en que se sirve la comida, pero en las citas con las mujeres conviene retrasarse para hacerlas sentir la impaciencia del que espera.

— Y esto es una cita — añadió después de reflexionar un momento. — Una cita, sea el que quiera el pretexto que la motive. Las mujeres no van nunca de frente; buscan pretextos para dar ocasiones. Veremos por dónde sale. Tiene talento..., mucho talento... Con qué suavidad me dijo sin mirarme: «César, tenemos que hablar. — ¿Cuándo?, me apresuré á preguntarle sin poder contenerme. — Mañana, me contestó al golpe, añadiendo luego: á las dos. — ¿Dón-

de?, volví á preguntar. — ¡Dónde!, exclamó con una naturalidad inimitable: ¡Aquí!» Me alejé discretamente, y no volví á acercarme á ella. Al despedirme estreché mi mano, diciéndome: «César, hasta mañana.» ¿Qué tal? ¡Una cita en su propia casa!, es decir, con todas las reglas del arte.

Se complacía en recordar todos esos pormenores que lo hacían dichoso, y los recordaba en voz alta, porque así debía parecerle más auténtica la realidad de su dicha.

Es verdad que no tenía allí más admirador que á sí propio, mas se bastaba á sí mismo para admirarse. Se le abrían de par en par las puertas de la intimidad; el éxito, pues, era seguro; su amor propio de hombre *corrido* estaba satisfecho. Allá en el fondo de su vanidad no sabía dónde poner el mérito de sus prendas personales y el valor de su astucia; todo lo veía de color de rosa. A la vez le sonreía la perspectiva del escándalo; mas al llegar á este punto se detenía, exclamando:

— ¡Poco á poco! Hay que andar con pies de plomo. Góngora podrá cerrar los oídos y los ojos, que es lo que suelen hacer los maridos discretos; y si es hombre que lo entiende, se reirá de mí en sus tiernas intimidades con la hija del Americano, yo me reiré á la vez, y todos nos reiremos. Echen por donde quieran, ese es el mundo, reirse unos de otros. Pero está ahí Montero y es capaz de salir por los cerros de Ubeda, y no es cosa de tener un lance con un perdulario. Yo sé que el mundo me agradecería que lo quitara de en medio, mas probablemente acontecería lo contrario, y lo mejor de los dados es no jugarlos. Es una aventura deliciosa, y sería una necedad convertirla en una aventura sangrienta. Ya es *cursi* eso de dejarse matar por una mujer, y no daré yo al mundo semejante espectáculo. No hay más remedio que renunciar á la gloria del escándalo. Me contentaré con las suposiciones de la maledicencia. ¡Bah!, no es poco.

Así se consolaba de la contrariedad que salía al paso de su fortuna. Era algo filósofo, y se hacía cargo de que todo no nos ha de salir á pedir de boca.

Acercóse á un cordón de seda que se descolgaba por la pared, y lo agitó haciendo sonar á lo lejos el repiqueteo de una campanilla. Casi en el mismo instante el ayuda de cámara se presentó, como si hubiera estado detrás de la puerta.

El brigadier comenzó á desembarazarse de la bata, y el ayuda de cámara acudió á tirar de las mangas. El señor quería vestirse, y, como era natural, empezaba por desnudarse.

Presentóle el ayuda de cámara una rica camisa primorosamente planchada, en cuyos puños, de una blancura inmaculada, brillaban dos grandes botones de oro esmaltado. Colocó delante de sus pies un par de botas de piel fina y suave de un negro mate, que hacía más severa la atildada corrección con que estaban cortadas y cosidas. En seguida le puso delante de los ojos tres pares de pantalones que acababan de salir de las manos de un sastre famoso. César eligió unos de color de bronce. Una vez puestos, se colocó delante de la gran luna del espejo que cerraba el ropero, y allí, volviéndose ya de un lado, ya de otro, pudo admirar la gracia del corte y la precisión de las costuras; se ajustaban perfectamente al modelo, y dejando traslucir los contornos, digámoslo así, áticos de la estatua, caían graciosamente sobre la piel sedosa de las botas. No había nada que pedirles; eran una obra maestra.

Rindamos á este paganismo del vestido el homenaje de una comparación que no vacilo en llamar olímpica. Así como Venus salió de la espuma del mar, del mismo modo, poco más ó menos, iba saliendo el brigadier de las manos de su ayuda de cámara.

Éste ofreció á su vista primero una numerosa colección de cuellos de diferentes hechuras, y después otra colección

escogida de corbatas de diversos colores. César, casi sin examinarlos, tomó un cuello, y su instinto elegante condujo la mano al que llevaba en sí el mérito de ser la última novedad. Sujetólo á la camisa por medio de un pequeño botón de oro, y echó de ver que las puntas del cuello dobladas con cierto estudiado abandono realzaban la blancura de la garganta, alrededor de la que prendió una preciosa corbata negra. De la serie de chalecos que el ayuda de cámara sometió á la elección de su buen gusto, designó uno negro abierto, que dejaba ver la pechera de la camisa.

César contempló ante la luna del espejo el efecto del chaleco, y quedó complacido, mientras el ayuda de cámara sostenía á su espalda una preciosa levita, también negra, corta, de grandes solapas, cuyo aire elegantísimo se percibía sin necesidad de probarla. El tejido de la tela era de lo más selecto que sale de las fábricas de Inglaterra. Metió primero un brazo y luego otro, y la levita quedó en su cuerpo como en un molde. Era una levita encantadora puesta sobre unos hombros correctos. No se sabía qué admirar más, si la gallardía del talle ó la gracia de las mangas. Era una levita digna de una exposición industrial. César se recreó contemplándola, valiéndose para ello de dos espejos, entre los que tomó distintas actitudes, para apreciar el mérito en todos sus detalles.

A pesar de la desnudez de que hacían gala los dioses del Olimpo, Apolo habría envidiado á César en este momento supremo de su *toilette*.

Faltaba el sombrero, y el criado le puso en la mano uno tan ligero, tan armonioso, tan distinguido, que parecía un sombrero ideal; y bien podía sentirse orgulloso de tener cabeza, sólo por poder llevar aquel sombrero.

Aunque con mucho trabajo, escondió las manos en unos guantes de color obscuro, y el ayuda de cámara puso sobre sus hombros un magnífico abrigo.

Tal vez podría echarse de menos esa soltura que da la elegancia natural, mas en cuanto al esmero del vestido no habla nada que pedirle.

Salió de su cuarto, seguido del ayuda de cámara, y se dirigió al recibimiento, donde el lacayo, vestido de librea, se puso de pie al verlo llegar y acudió á abrir de par en par la puerta que conducía á la escalera.

En la portería estaba el portero como está la mirada en los ojos, y se inclinó respetuosamente delante del brigadier, que por su parte se consideraba con tan legítimo derecho á aquel homenaje, que cruzó la portería sin mirar siquiera al portero que le saludaba. Sin duda alguna se elevaba á sus propios ojos, y aun quizá á los ojos del mundo, humillando á los demás siempre que podía humillarlos. Lo mismo en las más encumbradas jerarquías que en las más humildes condiciones, la vanidad es siempre plebeya, y nada hay más democrático, en todo el sentido de la palabra, que el desprecio á los que nos son inferiores. César ignoraba esto, y, como tantos otros, había tomado la grosería por aristocracia.

Salió á la calle, y ni aun allí quiso confundirse con la variada multitud que iba y venía de un punto á otro, é irguiéndose, tomó ese aire enfático con que el gran número de los necios quiere decir: «Eh, señores, por aquí voy yo.»

No tardó muchos minutos en llegar adonde iba. Subió la escalera de la casa de Góngora, entró en el recibimiento y comenzó á desembarazarse del abrigo. El criado que se hallaba allí lo miró sorprendido, diciéndole:

— El señor recibe abajo en su despacho.

— Mi visita — contestó César — es á la señora.

El criado se mostró más sorprendido, y balbuceó estas palabras:

— ¡Ah..., á la señora!.. Sí..., pero... la señora no recibe.

— ¿A nadie? — preguntó César secamente.

El criado se inclinó por toda respuesta.

Era una afirmación muda, pero terminante, y el brigadier empezó á sospechar que llegaba tarde, y se quedó mirando fijamente al criado, que volvió á inclinarse y se cruzó de brazos.

Probablemente habría tenido que renunciar á su propósito, si *Mari* no hubiese aparecido en el recibimiento. Al ver á César, exclamó:

— ¡Ah, caballero! Pase usted, pase usted.

Y echó delante para que César la siguiera. Éste lanzó sobre el criado una mirada de soberano desdén, arrojándole el abrigo que tenía en la mano, y siguió á la doncella en todo el primoroso esplendor de su *toilette*.

Era dichoso. Margarita lo esperaba, y lo esperaba con impaciencia. Esto lo había leído él claramente en la cara de la doncella.